

CAPITULO XI.

GOBIERNO INTERIOR.

SEGUNDO MINISTERIO DEL PRINCIPE DE LA PAZ.

de 1800 á 1802.

Opuestas ideas y caracteres de los ministros Caballero y Urquijo.

—Causas interiores que contribuyeron á la caída de éste.—Sistema reaccionario de Caballero.—Segundo ministerio del príncipe de la Paz.—Cómo volvió á la gracia de los reyes.—Es nombrado generalísimo de los ejércitos de mar y tierra.—Encomiéndase la reorganizacion del ejército y marina.—Graves disturbios en el reino de Valencia.—Sus causas.—Proyectos de rigor del ministro Caballero contra los sublevados.—Facilidad con que sosegó las turbulencias el príncipe de la Paz.—Juicio del mérito que empleó.—Breve, aunque peligrosa enfermedad del rey.—Proyecto de regencia que se atribuyó á la reina y á Godoy.—Negociacion matrimonial del príncipe de Asturias con una princesa de Sajonia.—No se realiza.—Pensamiento de Bonaparte de casarse con una infanta española.—Es rechazado.—Bodas del príncipe don Fernando y de la infanta Isabel con el príncipe y princesa de Nápoles.—Incorporacion á la corona de las asambleas y encomiendas de la Orden de San Juan.—Constitúyese el rey Gran maestre de la Orden.

Cuando la marcha de una nacion está subordinada y como sujeta á las combinaciones políticas que surgen de sus relaciones y sus compromisos con otras

potencias, ó aliadas ó enemigas, casi todo lo importante que en aquella nacion acontece recibe el impulso y el sello de la política exterior, y es difícil considerar los sucesos de la vida interna separadamente de los que produce la accion de las complicaciones internacionales: á no ser cuando un pueblo se halla en uno de esos períodos de regeneracion social, en que todo se cambia, muda y organiza de nuevo dentro de sí mismo, como acontecia en aquellos tiempos á la Francia. Hay sin embargo siempre algunos hechos, que ó tienen su derivacion mas inmediata en el carácter y condiciones propias de los que rigen un estado, ó son consecuencias de su especial organizacion, ó afectan principal y á veces esclusivamente su especial modo de ser: y esto es lo que, siguiendo nuestro sistema, vamos á considerar ahora respecto á nuestra España en ese brevísimo período, tan fecundo como hemos visto en acontecimientos de interés general europeo.

Una mudanza en el personal del gabinete produce siempre alguna alteracion en el gobierno de un país. Merced al carácter débil de Carlos IV. y á los propósitos personales de la reina María Luisa, habia simultáneamente en el ministerio dos hombres de tan opuestas ideas como Urquijo y Caballero, amigo de los mas estremados reformistas franceses el uno, enemigo declarado el otro de toda reforma, y reaccionario furibundo. Aun cuando Urquijo no hubiera incomodado tanto como incomodó al primer cónsul de Francia con su

justo y patriótico empeño de arrancar de su poder y devolver á España la escuadra española de Brest; aun cuando no hubiera disgustado tanto como disgustó al papa Pio VII. queriendo hacer la Iglesia de España tan independiente de la córte de Roma como lo habia sido en otros tiempos, y aun más que lo era la francesa con sus libertades; la verdad es que la opinion del pueblo español no estaba preparada á recibir las reformas eclesiásticas en que se empeñaba Urquijo, y que sobre pugnar con los hábitos del país, daban ocasion á disputas peligrosas, y á que tales doctrinas y sus autores ó defensores fueran representados á los ojos del piadoso monarca como contrarias ellas y enemigos ellos de la religion y de la unidad católica, y de la supremacía de la Santa Sede. Aprovechó bien esta oportunidad el ministro Caballero, hombre, al decir de casi todos nuestros escritores, artero y mal intencionado, y enemigo declarado de las luces del siglo y de los hombres de saber ⁽¹⁾, para presentar á Urquijo

(1) El príncipe de la Paz, en muchos lugares de sus Memorias, hace el retrato mas repugnante y mas odioso que puede idearse del ministro Caballero. «Hombre, dice en una parte, dado al vino, de figura innoble, cuerpo breve y craso, de ingenio muy mas breve y mas espeso, color cetrino, mal gesto, sin luz su rostro como su espíritu, ciego de un ojo y del otro medio ciego, tuvo la fortuna de entrar en la magistratura por influjo de un tío suyo..... El portillo que él buscó para su entrada fué uno de aquellos que para tormento de los reyes no se cierran nunca enteramente en los palacios, el portillo del espionaje, el torno de los chismes, el zaganete de la escucha...» — «Poco amigo del clero, dice en otra parte, pícaro mas bien que no devoto, le apreció tan solo como instrumento y como ayuda para ejercer su enemistad contra las ciencias y las letras, y miró con enojo declarado todos los grandes hombres que en mi tiempo fueron co-

y sus amigos como irreligiosos, jansenistas y revolucionarios, trabajar para derribarlos, y perseguirlos después.

Por eso, si bien ayudó mucho á la caída de Urquijo la impulsión de París y de Roma, en el seno mismo del gabinete español habia quien explotando el indiscreto afán con que el ministro se precipitaba por la peligrosa senda de la reforma eclesiástica, y abusando de la piadosa y tímida devoción del rey, labra-

locados por su saber y sus talentos en las dignidades y en los primeros puestos de la Iglesia.... Para aprovechar el poder de la Inquisición sin que sospechase el rey que sometía de nuevo al tribunal las regalías de la corona, lo combinó con el palacio é hizo de él una especie de oficina mista del poder real y del poder eclesiástico..... etc.»

Conviniendo en que este retrato pueda ser mirado como sospechoso de apasionado y parcial, atendida la enemistad que hubo siempre entre Caballero y Godoy, es de reparar que don Andrés Muriel, por cierto nada amigo del príncipe de la Paz, al hablar de Caballero en varios pasajes de su historia manuscrita, le pinta siempre como el enemigo de la ilustración y del progreso, como perseguidor vengativo de los iniciadores ó de los amantes de las reformas, como hombre diestro y activo en las artes de la intriga, y como el instrumento escogido por la reina para sus enredos y particulares travesuras.

Alcalá Galiano, en su traducción y continuación de la Historia de Dunham, le juzga de

este modo: «De talento, si no grande, tampoco corto; aunque mal empleado, y acreditado en pequenezes y arterias; de instrucción indigesta y mala, de depravado corazón, bajo adulador, y á veces rebelde á aquel á quien lisongeaba y servía, si bien usando para derribarle más la traición que la resistencia, no obstante que también á esta última recurría con cálculo y tino para su provecho propio, perseguidor de la ilustración del siglo; hombre en suma que en una córte de mala fama pasaba por el peor entre los malos, en ella tan comunes.»

Y aun uno de nuestros mas ilustrados contemporáneos (el señor Caveda), en un bosquejo inédito del Estado político, económico é intelectual del reinado de Carlos IV., siendo como es este escritor habitualmente templado y comedido, dice al nombrar al ministro Caballero: «envilecido fanático que aborrece todo linaje de progreso, y teme y combate los buenos estudios.»

Así otros escritores, cuyas palabras y juicios sobre aquel ministro seria prolijo copiar.

ba su ruina y preparaba un sistema de reaccion y de oscurantismo. Triunfante por segunda vez Caballero, al modo que á la caída de Jovellanos destruyó cuantos planes, proyectos y mejoras habia planteado aquel esclarecido ingenio en beneficio de la ilustracion y de los adelantos y progresos de la enseñanza y de las ciencias, haciéndolos retroceder al estado en que se hallaban en los tiempos mas menguados, asi á la caída de Urquijo desplegó su odio perseguidor contra las mayores ilustraciones literarias, bien fuesen prelados sábios y virtuosos como los de Salamanca y Cuenca, bien fuesen íntegros y distinguidos magistrados como Melendez Valdés, el digno y grande amigo de Jovellanos. Resucitó los procesos de la Inquisicion, y acumulando documentos, verdaderos ó apócrifos, en que se hacía aparecer que todas aquellas ilustres personas eran ó gefes ó afiliados á una secta enemiga de la silla apostólica y de la monarquía, incitaba á Carlos IV. á dictar medidas é imponer penas rigurosas, prisiones, destierros y autos de fé.

Mucho detuvo al rey en este mal camino á que le empujaba Caballero la influencia y las reflexiones y consejos del príncipe de la Paz, á quien ciertamente nadie supone con instintos de perseguidor en aquel sentido, y el cual, ademas de haber reemplazado su primo político Cevallos á Urquijo en el ministerio de Estado, volvió él mismo á ser llamado y puesto al frente del gobierno, aunque sin encargarse especial-

mente de ninguna de las secretarías, siendo lo que llamaríamos hoy presidente del gabinete y ministro sin cartera. Y no es de estrañar que á nosotros nos parezca anómalo y raro que habiendo tanta discordancia, y al parecer hasta antipatía, de ideas, de miras y de fines entre Caballero y Godoy, continuára aquél en el ministerio despues de la segunda elevacion de éste. Decimos que no es maravilla nos parezca á nosotros cosa estraña, puesto que el mismo príncipe de la Paz se lamenta muchas veces en sus Memorias de que, á pesar de la omnipotencia que se supone haber ejercido siempre en el ánimo del rey, no pudo nunca vencerle á que separára de su lado al ministro Caballero (1).

Ocasion es esta de decir algo acerca de la influencia y valimiento que conservára ó no Godoy para con los reyes durante su caída, ó sea en el periodo de su separacion oficial de la primera secretaría de Estado. Al decir de muchos escritores, la caída y retirada del privado no fué sino aparente y simulada, un acto exterior para satisfacer la exigencia del gobierno de la república, pero conservando en realidad el mismo

(1) «Nunca, dice, me fué posible disuadir á Carlos IV., de conservar aquel ministro. Mas que por mi interés, por el del reino, probé muchas veces á separarle del gobierno, hasta por medios honoríficos que á él le fuesen ventajosos sin dañar á nadie; mas no pude; siendo tál la injusticia de mis detractores y enemigos, que cuanto malo hizo, es decir, todo aquello en que puso mano libremente, unos me lo han atribuido con malicia, y otros me lo han cargado, suponiendo que obraba con mi acuerdo, y que á haber yo querido pudiera haberle separado. Estimábanme omnipotente cerca de Carlos IV. Muchas veces he dicho ya que no lo era, y vuelvo á repetirlo.»—Tom. III. c. 8.º

favor y gozando de la misma intimidad que ántes, siendo privadamente consultado en todo, é influyendo en los consejos, en las deliberaciones y en la política de sus soberanos poco más ó menos que cuando ejercía ostensiblemente el poder. Nosotros que hemos leído la correspondencia privada y confidencial del príncipe de la Paz con los reyes (que forma varios y muy voluminosos legajos de cartas originales); esa correspondencia en que se vierten los sentimientos del ánimo y se descubre el corazón como en el seno de la confianza, no retenido por el temor á las consecuencias de una publicidad que entonces ó no se prevé ó no se imagina, creemos descubrir bien en ella el apartamiento verdadero en que el príncipe se vió, aunque por breve tiempo, y cómo á favor de aquel fondo de inclinación recíproca no apagada que suele quedar entre los que se han profesado íntimo afecto y entrañable cariño, fué recobrando su anterior intimidad, y aun acreciéndola con la fuerza de reacción de que participan también las pasiones en sus accidentales vicisitudes.

Para nosotros es cierto que en el primer período de su caída, lejos de ejercer la misma influencia que ántes, sufrió los efectos del triunfo de sus enemigos, experimentó desvíos, y se vió en cierto aislamiento á que le era difícil resignarse, y por tanto á fin de ir recuperando su antigua posición procuraba interesar á la reina evocando recuerdos y tocando la cuerda de

los sentimientos que pudieran vibrar más en su corazón. De entre las muchas cartas que revelan la gradación de las situaciones por que iba pasando, solo citaremos algunas, muy pocas, pero que bastarán á dibujarlas. En 26 de setiembre de 1798 escribía á la reina:

«SEÑORA: Un hombre perseguido por la envidia y aborrecido de los injustos no puede reposar en donde sus tiros puedan herirle; yo sé lo que piensan y hablan de mí los mismos que me han obedecido y temido, sé el grado de autoridad á que han llegado; ¿será pues indiscreta mi pretension? Yo estoy bien en todas partes; la soledad y los muros destruidos harán mi placer; nada quiero con violencia, ni que nadie se incomode por mí; y así, si V. M. conoce lo que debo hacer, y aun tiene sentimientos de benevolencia hácia mí, dígamelo y la obedeceré; otra cosa no hará Manuel; Manuel, aquel hombre que ha dado tantos ratos de placer á VV. MM. no quiere incomodarlos ya ni un momento, pero siempre será el mismo fiel y leal y agradecido vasallo de VV. MM.—Manuel (1).»

Como quien á consecuencia de esto había comenzado ya á recibir otra vez algunas pruebas de benevolencia de sus soberanos, escribía al rey en 29 de octubre de aquel mismo año de la siguiente manera, propia para irse haciendo mas lugar en su ánimo y en su estimación:

«Gracias, SEÑOR: V. M. se acuerda de este pobre vasallo y le honra. ¡Ah, señor, qué recompensa le asegura

(1) En P. D. decía: Repare ganta, cuidado no sea como el V. M. por Dios, ese mal á la garfuerte del Escorial.

»la alta mano por su virtuosa consideracion! Sí, sí, Dios
 »dará el premio á V. M. asi como me dispensa á mí el ali-
 »mento para conservarme fiel é inalterable en amarle....
 »Vivo, señor, vivo para VV. MM., pero la reflexion me ha-
 »ce una tenaz guerra; nacemos todos para hacer el bien y
 »aliviar al prójimo; yo estoy privado de uno y otro: las re-
 »flexiones políticas hacen que mi mano sea menos pródiga
 »de lo que quiere ser; la virtud se convierte en vicio pa-
 »ra los ojos enturbiados por la envidia; de modo, señor,
 »que constituido en una vida privada, mirándome á mí
 »propio como inútil, resisto hasta las satisfacciones que
 »mis interiores obras me producen, escrupulizo, en fin,
 »hasta los manjares con que me alimento, pues reflexiono
 »el ningun trabajo que me cuestan; esta horrorosa fanta-
 »sía me persigue, y hubiera ya renunciado á todo si mi
 »estado no lo embarazase. Pero, señor, basta de desahogo
 »á un alma que es de VV. MM., y se contenta con que lo
 »conozcan; consúmense en su pecho las especies de su ima-
 »ginacion, devórelas la dificultad de espresarlas, y con-
 »vierta en esperanzas lisonjeras fundadas en el poder y
 »discrecion de VV. MM. los efectos de su temor: ¡ojalá y no
 »lleguen tarde los remedios, señor! No nos ocupe entera-
 »mente el giro político exterior, pues en él no entra la
 »conveniencia de los países, sino el aspecto de la gran-
 »deza: vuelva la España á ser como en tiempo de los Reyes
 »Católicos; no perdamos de vista los resortes que tocaron
 »los Felipes para conducirla á la ruina; acordémonos del
 »último golpe que recibió por la inaccion de Carlos II.; y
 »vamos á trabajar en el interior; la guerra no se opone á
 »la ereccion de los establecimientos útiles; siga el sistema
 »de agricultura que yo empecé; eríjense las academias y
 »colegios militares, que son urgentes para contener la in-

»subordinacion y hacer guerreros; restablézcanse las fá-
 »bricas, y entonces el comercio tomará su accion, nada
 »necesitamos del estrangero, y todo lo que nos trae es no-
 »civo; redúzcase el clero al pie moderado de su instituto;
 »sepárense las clases para que las gerarquías no se confun-
 »dan; renuévese la ley suntuaria; castíguense los vicios
 »con rigor; quítese la vara de la justicia de manos vicia-
 »das y venales; redúzcanse los jueces; y en fin, señor, sal-
 »gamos del letargo, para que se immortalice su nombre;
 »nada hacemos si solo se mira á la superficie; nada impor-
 »tan las guerras, si mientras ellas duran fundamos sólida-
 »mente la defensa en el interior, produzca la tierra, y nú-
 »transe los corazones de los buenos principios de religion:
 »entonces si que no hay enemigos que vencer, etc.»

A pesar de tan buenas máximas, emitidas sin du-
 da para interesar al bondadoso y bien intencionado
 Carlos IV., y reconquistar su favor con tan halagüeño
 programa de gobierno, todavía cerca de un año des-
 pués se le ve pugnando por acabar de recobrar la gra-
 cia de la reina apelando á la filosofía del corazón, co-
 mo la del rey con el prospecto de una política muy
 moral y muy española, puesto que en 2 de agosto de
 99 decía á la reina:

«SEÑORA: Dios bendiga á V. M., como se lo pido ahora
 »mismo que, dado á la soledad, miro de un lado las fan-
 »tasmás de la ambicion abatidas por su poderoso brazo, y
 »de otro las delicadas pompas de la gratitud, tributándola
 »el debido homenaje; el libro de la vida, señora, la his-

»toria del mundo, las memorias de nuestros mayores hacen la ocupacion de Manuel, rodeado de libros en que recuerdo la existencia de hombres útiles á la patria, cuyas doctrinas me enseñan á vivir mas gravosos mis dias dados á la molicie, viéndome inútil y reprendido por mi mismo corazon. ¡Ah, señora, qué inútil soy! Nada puedo hacer, y nada deseo mas de lo que tengo, pero tengo lo que no merezco: ¡oh juicios eternos! Dios lo ha querido; obedezco, señora, con resignacion; pero mi alma no se hermana con los miserables miembros de este cuerpo; ellos aman el descanso y la independenciam, cuando aquella les impone ejercicios de obligacion; el espíritu se resiste, señora, y ya no piensa Manuel en su existencia: los ojos se me bañan espesándose con una amiga en el lenguaje de la realidad: ahora si, ahora si, señora, que se ven las cosas á ojos claros, ahora ya se moderó el calor de mi buen celo, es ya otro mi lenguaje, y convencido de no haber sabido ejercer bien los dones que me dispensó la naturaleza, ansío, señora, por el perdon... dénme VV. MM. su perdon, impónganse como buenos reyes la obligacion de reparar los males, acudan á ellos, y absuélvame de los descuidos que pude haber tenido, etc.»

Misteriosas como puedan parecer algunas frases de esta correspondencia, sin duda para los que se entendian eran las mas apropósito para herir la cuerda sensible de cada uno de los régios consortes, toda vez que continuando en esta manera de comunicarse, á los pocos meses, si bien aun no habia sido sacado de lo que él llamaba *su rincón*, faltábale ya muy poco para recobrar toda la antigua confianza, y la opinion públi-

ca le atribuia ya el mismo influjo que ántes, como él mismo lo significaba en la siguiente carta:

«SEÑORA: He visto á VV. MM., y mi consuelo será completo si el viage ha sido tan feliz como lo prometian sus semblantes..... Las Osunas..... han sido mi visita, y tambien el embajador de Francia, aquellas hablando de sus cosas, y éste de negocios y deseos. Mi persona parece que le interesa, y á pesar de mi modestia y retraccion contestando solo *si* y *no*, me ha hecho un estenso plan de todo: creo que VV. MM. no saben bien lo que pasa, y menos creerán que los agentes aqui no hacen la confianza de aquel gobierno; temen, segun dicen, la ruina de España, y creen, dicen, que el remedio le tengo yo (¡pobre de mí que todo lo ignoro!). Espera por fin que mi hijo tendrá mas tratamiento que el padre, y el padre ha procurado con toda razon y verdad desimpresionarle de tales ideas. Esto, señora, para que VV. MM. sepan lo que ha pasado, y no ignoren lo que hace Manuel. Su rincón es el mejor don con que VV. MM. pueden favorecerle: desea que se conserven sus preciosas vidas y se ofrece á S. R. P.—Manuel.»

A poco de esto era ya tál otra vez la confianza entre el favorito y los soberanos, cual puede inferirse de billetes como los siguientes que el rey le pasaba:

«Amigo Manuel: Al levantarme de la siesta me ha leído la reina todos tus papeles; gracias y más gracias por todo lo que haces por nosotros, y Dios bendecirá tus trabajos, y no pueden estar mejor, y á Dios.—Cárlos.»

«Amigo Manuel: Se me olvidaba decirte en el asunto de

»la orden de Espiritu-Santo, que cuando murió el pobre
 »rey de Francia me escribió mi hermano qué pensaba yo
 »hacer con la tál Orden, y yo le respondí que pensaba de-
 »clararme gefe de ella; por si te parece hacer uso de esta
 »especie, á la noche nos dirás lo que te ha parecido escri-
 »bir, pues no te quiero incomodar, y quedo siempre el
 »mismo.—Cárlos.»

Así, no es extraño que, considerándose triunfante de todos sus enemigos, y muy seguro ya del favor de la reina, le dijera en carta de 11 de setiembre de 1800, hablando de las gentes que aun chismeaban, entre otras cosas, frases como la siguiente: «Digo esto por las consecuencias, por si algun dia se me ofrece darles con el baston, único castigo que siendo de mi mano pudiera estarles bien.» Y que volviera en las cartas de confianza á tratarlos con aquel estilo jovial y de familiaridad que solo se usa y suele permitirse entre iguales (1). Volvió, pues, el príncipe á la gracia de

(1) Por ejemplo lo que escribia en 9 de setiembre de 1800 á la reina.
 »Señora: Cuando yo leia la-
 »tin, me ocupaba mucho con las
 »cartas de San Gerónimo, y el
 »carácter de aquel viejo me em-
 »belesaba, pues su firmeza hasta
 »con Dios probaba bien su recta
 »razon y reconocimiento: ¿quién
 »sabe si el santo habrá pedido
 »que mi chiquillo se le parezca?
 »Mañana es, y espero que ma-
 »ñana salgamos de todo, pues
 »ayer nada hubo, y hoy hace
 »el año del mal parto. En fin,
 »señora, yo avisaré y repito gra-

»cias sencillas por cuanto tengan
 »la bondad de hacer. ¿Pero me
 »pondré el uniforme grande el
 »dia del baptizo? ¿Bastará el le-
 »suizos? Si creo; pues vamos
 »claros; las cosas ¿por qué se han
 »de celebrar antes de conocer-
 »las? ¿es verdad? Conténtese pues
 »con un poquito de exceso, y
 »después, si fuese acreedor, se
 »le tendrán galas y galones: esto
 »pienso, señora, pero aguardo la
 »resolucion de V. M. para no
 »errar..... Trato de comprar la
 »huerta, aunque las onzas me
 »pesan mucho; pero ya se va á
 »ajustar, pues he propuesto nue-

sus reyes, con mas intimidad, si era posible, y de todos modos con mas solidez que ántes.

Por lo mismo aparece tanto mas irregular la conducta del monarca con el ministro Caballero, que no era amigo suyo, cuanto que esta segunda vez revistió al príncipe de la Paz de un título y un poder tan extraordinario y de tanta confianza como el de generalísimo de los ejércitos (marzo, 1801). Hasta qué punto estaba Cárlos IV. enamorado de las relevantes y especialísimas dotes que á su juicio adornaban á su querido Manuel, pruébanlo los términos de otro real decreto que á los seis meses de aquel nombramiento le pasó, y que merecen ser conocidos.

«Cuando os nombré (le decia) generalísimo de mis ejércitos seis meses há, fué en la persuasion de que *solos vuestros talentos, actividad, celo por mi servicio y amor á mi persona* eran capaces de conducir en tan críticas y estrechas circunstancias los negocios militares y políticos á un fin feliz, conservando el decoro de mis armas; *vuestro saber obrar, energia y prudencia* han escedido la espectacion de todos, y hasta vuestros émulos han callado (1). Por mi parte pongo el sello á la íntima confianza

»va valuacion, y iré á verla.—
 »Consérvese V. M. como desea su
 »mas leal vasallo.—Manuel.»

Y en P. D.: «Luis pide una
 »carta de gracia por el minis-
 »terio..... aprobacion, señora,
 »pues San Gerónimo así lo ha-
 »cia.»

Y en otra carta á la reina:
 »La chiquilla sigue bien; y vaya

»una aprension de padre y vie-
 »jo; me parece que se rie cuan-
 »do la acaricio; ello es que no
 »llora: ¿cómo se reirán VV. MM.?
 »¿es verdad?—Muchas otras po-
 »driamos citar por este estilo.

(1) Decreto de 6 de agosto,
 1801, inserto en la Gaceta de 11
 del mismo.

»que vuestros continuados y altos servicios os han grangeado, y os aseguro de que será inmutable igualmente que mi estimacion y amor que tan merecidos teneis. Por vuestra recomendacion y por sus servicios de que estoy muy satisfecho, atenderé y recompensaré en tiempo y ocasion, sin los inconvenientes que envuelve una promocion general, á los generales y oficiales, y aun tropa, que han servido á vuestras órdenes, y han contribuido al dichoso éxito de una guerra tan breve como feliz.... etc. (1).»—Y mas adelante, en otro decreto (10 de octubre, 1801), le decia: «Persuadido que para la uniformidad necesaria en las providencias que exigen el gobierno de mis ejércitos y armada y su regeneracion, es menester que todas partan de un mismo centro; y teniendo la mayor confianza en vuestra estensa capacidad y celo por mi servicio, como os manifesté en mi decreto de 6 de agosto de este año; he venido en ampliarlo, declarándoos, como os declaro, *Generalísimo de mis armas de mar y tierra*, que os deben reconocer por gefe superior, y dirigiros todos sus recursos, pues de vos deben depender los sistemas de direccion y economia de todos los cuerpos, los cuales es mi real voluntad os hagan, sin escepcion alguna, aunque estén en la corte ó sean de mi Casa Real, los honores que os corresponde como tal gefe; y para que seais distinguido por este superior carácter, usareis de faja color azul, en lugar de la roja de los generales..... etc.»

Recibió, pues, el príncipe de la Paz por estos decretos la honrosísima, pero tambien difícilísima mision de reorganizar todo el ramo militar de mar y tierra,

(1) Decíale esto á consecuencia de Portugal de la terminacion de la guerra

de formar nuevas constituciones, de atender á la educacion é instruccion de la nobleza que habia de servir en una ú otra milicia, de arreglar la marina y el ejército en proporcion á los recursos del tesoro y al censo de poblacion, de organizar los cuerpos facultativos de artillería é ingenieros, y señalar la relacion proporcional en que habian de estar estas armas con las de infantería y caballería, de establecer sólidamente su instruccion y disciplina, adoptando una táctica análoga á los adelantos y á la naturaleza de los nuevos armamentos, de multiplicar y perfeccionar las fábricas y fundiciones, de mejorar los arsenales y fomentar la construccion de buques de guerra, de atender á la fortificacion y defensa de las plazas fuertes que conviniera conservar, y designar las que por inútiles hubieran de abandonarse, de formar buenos estados mayores, en una palabra, de todo lo que pudiera conducir á la creacion de un buen ejército y de una respetable marina. Ya ántes habia el príncipe de la Paz mandado que se estudiase y enseñase la táctica moderna y establecido ciertos campos llamados de instruccion, en que se ejercitaron algunos cuerpos; reforma á que dice haberse opuesto el ministro Caballero, asi como á la de las escuelas militares que se pusieron después, turnando ciertos cuadros para la enseñanza. Resultó de aqui que en la guerra de Portugal, y principalmente en los simulacros que á presencia del rey se hicieron en el campo de Santa Engracia, se observó la anomalía de